

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Bayli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guijarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

LA CATEDRAL DE MILAN.

La catedral de Milan es una de las mas bellas de la Italia y de la cristiandad. Es digna de que nos ocupemos de ella.

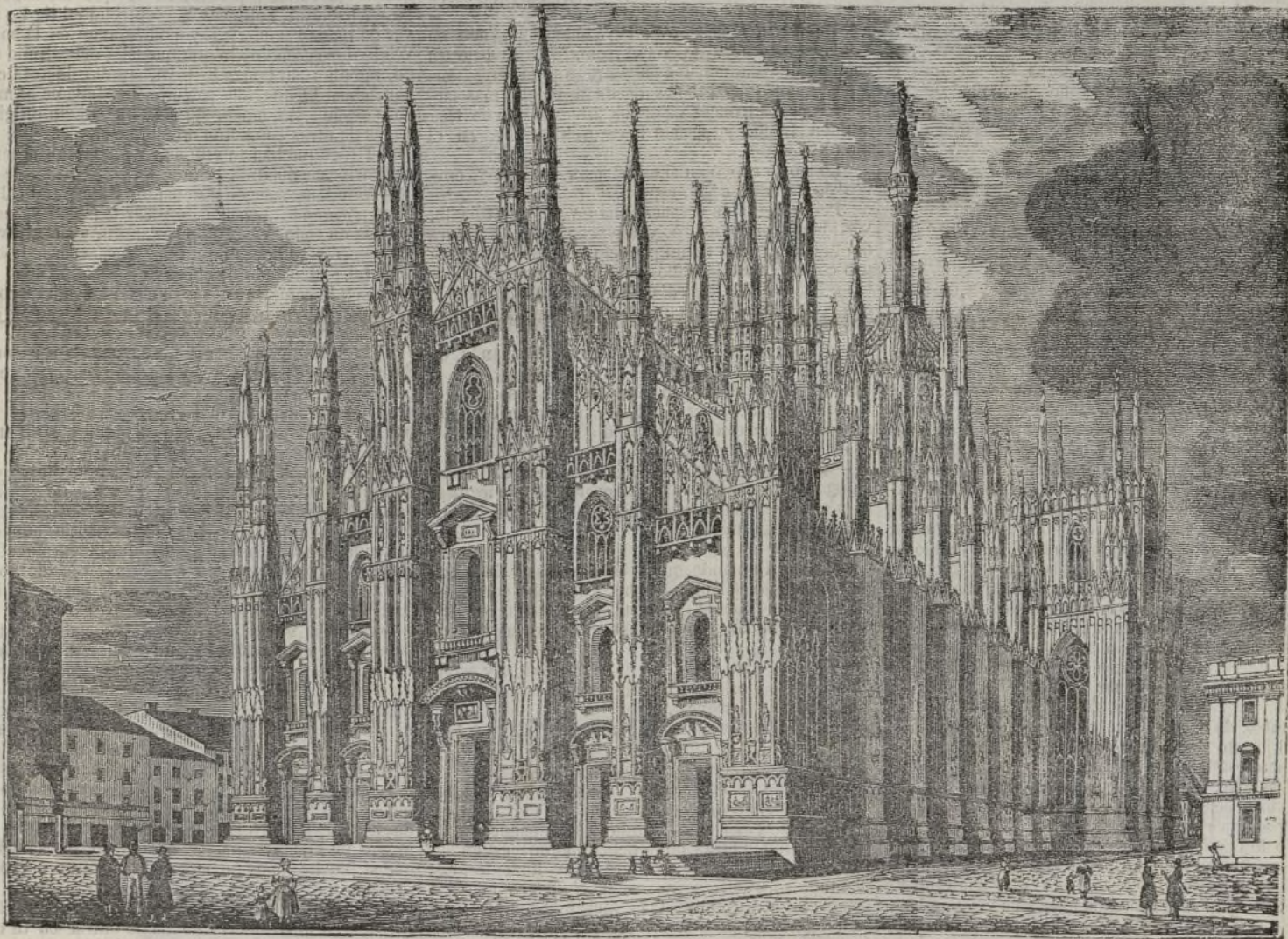
Nosotros hemos estado en este grandioso templo donde se ostentó el poderoso triunfo de la religion cristiana sobre el poder del mundo. Cuando encorvados bajo el peso de nuestras propias aflicciones con el báculo de peregrino en la mano, huimos un momento de esta tierra en medio de los escándalos, y revoluciones, de que fuimos tristes espectadores y víctimas,

con el corazon traspasado de dolor fuimos á buscar nuevas esperanzas, y sacar dulces consuelos bajo el cielo de Roma y de la dulce Italia, y recorrer los templos mas famosos de la cristiandad.

Al llegar á la gran plaza de la catedral de Milan, ¡gran Dios! ¡qué sublime espectáculo se presentó á nuestra vista! Figúrense nuestros lectores una inmensa iglesia, mayor que todas las catedrales que admiramos en España, labrada en lugar de piedra, de esquisito mármol, en lugar de tres ó cuatro flechas que ordinariamente tienen aun los templos mas suntuosos ostenta cuatrocientas que se elevan finas, esbeltas y rectas hasta las nubes: figúrense que en la punta de cada una de estas flechas hay una estatua admirable-

mente trabajada; figúrense un edificio alto como una pirámide, ancho como tres veces la catedral de Burgos. esculpido en sus mas minuciosos detalles, como un pequeño navío de marfil, lo que sin duda dió margen al célebre dicho de nuestro emperador Carlos V, *«que aquella catedral, única en el mundo en su género de arquitectura, era propia para colocarla debajo de un fanal.»*

Súbese á la altísima cúpula llamada del *duomo* por quinientos cincuenta escalones: está todo el cubierto de riquísimos encages de mármol, admirables relieves, rosetones, y ocho mil quinientas estatuas, presentando el templo la fantástica forma de un enrisado monte.



Catedral de Milan.

Curiosa es la tradicion que nos relirieron sobre la construccion de este maravilloso templo, que á primera vista parece mas grandioso, mas imponente que el San Pedro de Roma, el coloso de los templos del cristianismo.

Cuéntase que yendo Gamodiá de Alemania á Milan, llamado por el duque de Galeazzo Visconti para construir una iglesia, al atravesar la Suiza, un día que caminaba distraído revolviendo en su imaginacion el proyecto de su obra, se encontró en un desierto frente á frente con uno de aquellos gigantes inmóviles de la cordillera de los Alpes, cuya sola cima habia visto despuntar de lejos. Era el monte Rosa que ostentaba en la estremidad del Milanesado, su maravillosa coro-

na de rocas angulosas y nevados ventisqueros. Vendría el artista alemán de las orillas del Rin, del Elba ó del Danubio, no conocia formas mas bellas que las de la naciente catedral de Colonia... ¡Cual no sería, pues, su entusiasmo al verse de repente ante aquellas inmensas catedrales de granito, de pórfido y de mármol alzadas por la mano del Omnipotente, para servir de rica cintura á la Europa!... Cuéntase que Gamodiá, anonadado ante aquella gigantesca y sublime forma olvidó desde entonces todos sus primeros planes y proyectos, y que al llegar á Milan, preguntándole el duque Visconti por el modelo de la obra que iba á emprender le condujo á la mas alta de sus torres, y desde allí con un gesto lleno de inspira-

cion, le mostró el monte Rosa, que se elevaba en el horizonte como un inmenso *duomo*, velado en luminosos vapores. Entonces erigió Gamodiá en el centro de Milan ese bellissimo *duomo*, rival del primero, y podemos asegurar que mirando hacia los Alpes desde su cima, el monte Rosa parece la imagen de la gran catedral reflejándose en aquel diáfano cielo.

Su arquitectura no pertenece á género ninguno de terminado, vense en este templo mil anacronismos, una mezcla adúltera de todos los estilos de arquitectura. ¡Pero quién se para á contemplar con los frios ojos del arte una iglesia cuya inmensa cúpula parece querer recordar la inmensa cúpula de los cielos, cuya primera belleza es la magestad, cuyo primer objeto

es asombrar, hacer temblar al espectador, haciéndole doblar la rodilla en el umbral del templo de su Dios!

El interior de la iglesia de Milan es en muchísimo inferior á su brillante exterior, único en el mundo. En medio del templo hay una abertura cuadrada, rodeada de una verja de alambre, al través de ella se vé debajo una especie de bóveda débilmente alumbrada; es el sepulcro de San Ambrosio. Uno de los canónigos se ofreció á enseñárnoslo; bajamos con él precedidos con uno de los sirvientes de la iglesia, que llevaba una hacha de cera en la mano; abrieronse dos ó tres puertas macizas, las cuales rechinaron sobre sus goznes como las de una prisión de Estado, y al final de un corredor nos encontramos en la capilla, que es de mediana estension, y que alumbra eternamente una opaca lámpara. En el fondo de la capilla, cuyas paredes están cubiertas de colgaduras de terciopelo carmesí descolorido por el tiempo, hay una especie de sarcófago de cristal de roca; este sarcófago tiene la forma de un gran cofre cóncavo, y al través del cristal se descubre aun el cráneo ennegrecido de un cadáver conservado como una momia; está revestido de hábitos pontificales, una riquísima mitra cubre su cabeza, el báculo arzobispal descansa entre sus manos, cuyos descarnados dedos están profusamente cubiertos de anillos y sortijas de brillantes de inmenso valor, viéndose esparcidas sobre la tumba tantas y tan magníficas alhajas, que bastarían á constituir el tesoro de un rey, y mantener por muchos años un pueblo. Todos los soberanos desde muy antiguo se han apresurado á depositar como ofrenda, parte de sus riquezas en la tumba del vasallo, que á nombre de un Dios, de quien era ministro, osó, como los antiguos profetas, hablar á Teodosio, al dueño del mundo, el lenguaje de la verdad, y negarle la entrada de la casa de Dios, interin no se purificase de la sangre con que estaba manchado.

Así la Iglesia desde muy antigua fué siempre el apoyo de los pueblos contra las demasías de los reyes.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS AMORES DE UN GUARDIA CIVIL.

Quien haya vivido en un pueblo agrícola de trescientos ó cuatrocientos vecinos, quien sepa como corren las existencias en esos lugares que son la segunda ó tercera población de provincias, como Zamora, Soria, Avila, ó Cuencas, ó Leon, ó tantas otras; quien recuerde la tristeza monótona y repugnante en un principio, igual y tolerable despues de conocida, con qué se miran llegar en tales poblaciones las noches de invierno, largas y oscuras; quien haya visto aquellas calles sin empedrar, siempre señaladas por la pesada llanta de los carros, cuando las cruzaban presurosos los rebaños sembrando el aire del crepúsculo con los diversos sonidos de sus esquilas; quien, solo, y apenas comprendido, haya tenido en semejantes horas un alma fatigada mas que con la rudeza con la estéril irracionalidad de trabajos materiales; quien haya guardado por único consuelo la esperanza de robar con la muger que nos adivina algunas horas á la noche tan tristemente iniciada, ese comprenderá lo que pasaba en el corazón del cabo Fernando N., al terminar el día 2 de diciembre de 184...

Embozado en su capota verde, apoyado en la puerta del puesto de guardia civil, de que era segundo gefe, contestando con la cortesía proverbial en los guardias á los saludos de algun rico labrador que volvía de inspeccionar los últimos trabajos de sus criados, y sin apartar la mirada de la última casa del pueblo de Castilla, en que se hallaba el cabo Fernando, esperaba sin duda la hora en que libre y tranquilo pudiera olvidar su forzoso trato con ignorantes ó culpables, respirando cerca del ser amado el ambiente de perpétuos y pasados encantos que los humildes de la tierra, pobres en espresion, sienten lo mismo y economizan mejor que los ricos.

Avanzaba la noche rápidamente, y el cabo de guardias espiando receloso los momentos en que no le veían, alargaba con lentitud la cabeza, aprovechaba para visera uno de los picos del sombrero, y fijaba la mirada con tenacidad en aquella aislada casa, que á corta distancia de las demás, tocando solo á las otras del pueblo con los tapiales de su huerta y sin hallarse no obstante, en las llanuras dilatadas que constituían la soledad del campo, parecía refugiada bajo la sombra de la oscura villa.

Pero la última casa, tranquila en lo exterior como todas las del pueblo, rechazaba con su calma perpétua la inquietud del guardia civil.

Y seguía viniendo la noche y seguía el cabo mirando mas y mas inquieto cada vez.

Iluminóse por fin instantáneamente una ventana

de la apartada casa, y el cabo de civiles, siempre recatado y prudente, caminó hacia ella muy satisfecho de sus precauciones mientras dos mozas ocultas hasta entonces tras de las puertas agujereadas de la cuadra de bueyes que hacia frente al cuartel, esclamaban con envidiosa malicia:

—Chica, ya ha visto el cabo la contraseña.

—Ahora estará hasta las nueve con la hija del cirujano, y despues no querra esa Luisa salir al baile con ninguno del pueblo, como si fueru una señora.

—Desde que murió su padre, no se la vé mas que en misa con su tia, la muy vanidosa; porque tiene cuatro terrones, y aun dicen algunas, que no hay cristiana como ella, ni muchacha de mas aquel. Pues como me pregunten á mi, yo daré razones claras.

—Pues qué, chica, ¿sabes tú mas que lo que hemos visto?

—No por cierto, respondió muy decidida la interpelada, pero bien se conoce que el cabo entra en la casa todas las noches, y á fé á fé que aunque fuera para rezar el rosario, no habia de andar con mas requilorios esa gran señora que tiene trato con un soldado.

—Calla, calla, Pascuala, que el cabo Fernando no es un soldado. Todos dicen que no hay en los civiles ninguno mas leido ni mas corriente, y que no hemos de tardar en verle de sargento.

—Pues mira, Francisca, antes de que él sea sargento, han de saber hasta los gatos del pueblo, que anda en amores con esa cirujana de tres al cuarto.

Y esto diciendo Pascuala y Francisca, salieron á la calle á tiempo todavía para descubrir al cabo de guardias que seguía los tapiales del último cercado y entraba en él por una puerta entornada que cerró cuidadosamente despues.

Ya en la huerta, el cabo Fernando espresando en la cara la sorpresa de verse solo, guardó bajo su capota la llave que habia encontrado en la cerradura, y buscó entre los árboles desnudos el sitio mas cubierto por los troncos y por los arbustos que de trecho en trecho jaspeaban la escarcha tendida en el modesto jardín.

Luego se apoyó en el nogal mas anciano y, embozado hasta las cejas, esperó.

Pocos instantes despues, una jóven alta y esbelta, vestida de percal negro, y envuelta hasta la altura del finísimo cuello en un pañuelo de algodón tan negro como el vestido, salió de la humilde casa y mostró á los ojos del guardia un semblante enrojecido que contrastaba violentamente con la helada blancura de la naturaleza.

—Dos dias sin verte, Luisa! exclamó Fernando, en cuanto la descubrió.

—¡Ojalá que no fueran mas que dos! respondió la hija del cirujano, llegando hasta su amante é imponiéndole silencio con la suavidad de su voz.

—¿Pues qué, te cansas de quererme?

—Cansarme yo, ¡no vivo para otra cosa! dijo Luisa enjugando una lágrima en sus enardecidas mejillas; bien sabes tú que no puede ser esa la causa de mis penas y de mis males.

—¿Qué, estás enferma?

—Pensé, Fernando, que lo imaginabas, y bien podías saber que estando sana hubiera hecho por verte; que si ayer no bajé al caer la tarde, fué por tener mas calentura que hoy, y porque ni un punto me dejaron sola.

—Y en tal caso, ¿por qué no me llamaste? y estando enferma, ¿por qué te has levantado esta tarde?

—Porque... porque...

—¿Aun dirás que quieres contármelo?... Dilo, Luisa, si puedes.

—Miedo me dá el decírtelo, Fernando.

—Pues no me ha de costar mas el oírtelo que me cuesta el verte triste y callada.

—Entonces, escucha, dijo la jóven tapando con su negro manto el ardor de la fiebre que brillaba en sus rojas mejillas y en sus ojos negros y humedecidos: dos meses hará que se nos acabó el dinero con que estábamos comiendo desde la muerte de mi padre, y lo mismo hace, poco mas ó menos, que empezamos á vender el trigo y la cebada de las tres heredades, que á Dios gracias dan lo bastante un año con otro para sostenernos holgadamente. Pero mi tia, anda ya vieja y achacosa, y yo como sabes, he sido criada por el cariño de mi buen padre, más para estar en la casa cosiendo, planchando ó leyendo, que para andar por el pueblo con los mozos de la labranza y los arrieros haciendo ajustes que nunca he visto, ni para correr los campos presenciando trabajos que no he conocido. Resulta de ello, que en la venta de ogaño hemos sacado por cuenta la mitad que en la del año pasado: falta muy grande para nosotras, porque bien te se alcanza, Fernando, que aunque tenemos pan, no se puede decir que nos sobre mucho, y menos ahora que el pueblo nada nos paga; que mientras mi padre vivía, recibíamos 1,500 reales que le daba la villa aunque no visitase. Mi tia, que sabe todo esto mejor que tú y que yo, comenzó á predicarme hace dos se-

manas sobre lo que dejó dicho mi padre, para que yo me casara así como tuviese regular proporción; y no pasaba un día ni ha corrido una hora sin que á cada paso murmurase por lo bajo, que con un hombre dentro de casa, otro gallo nos habia de cantar y que distinta seria nuestra suerte si fuera su sobrina mas obediente y discreta, buscándome así los oídos y la lengua con mentar al hijo del otro cirujano que me pretendia en vida de mi padre. Yo callaba y me hacia la desentendida aunque á mis solas derramase algunas de estas lágrimas que siempre querría tener escondidas de tí. Pero ayer por la mañana, á poco de cruzar tú por el camino real cuando salías de pareja por todo el día, mi tia me llamó desde el cuarto de abajo y me dijo secamente... pero no temas, Fernando, que yo te olvide por eso... me dijo...

—Sigue por Dios, Luisita, interrumpió el guardia cariñosamente.

Y la pobre muchacha conteniendo con trabajo sus sollozos y apoyándose como pudo en el robusto nogal, continuó tras una larga pausa:

—Díjome, Fernando, que si allí mismo no la daba palabra de poner hoy término á nuestro trato y acabar para siempre con mi querer, me dejaba en aquel instante sola y abandonada; díjome también que todo el pueblo criticaba de mi conducta, y que cuando tú me advertiste al comenzar este cariño nuestro que no podías casarte hasta ser sargento ó recibir algun premio de esos que dan á los guardias, con el cual aumentases lo poco que en tu pueblo tienes, claramente dabas á entender que tratabas de entretenerme segun merece una muger loca y poco recatada. Despues me apretó con amenazas para que la prometiese despedirte hoy; yo seguí callada y mas callada, que harto se me representaba lo que me habia de costar hacerlo: entonces me entregó mi tia las llaves de todos los cuartos y poniéndome en la mano veinte duros, que es lo que quedaba del último trigo, me dijo: ahí tienes lo tuyo, y salió de esta casa con Juana, la que fué pastora, llamándome al marchar deshonestamente, muger sin conciencia y sin religion, á mas de otras cosas que no pude oír.

—Y tú, ¿qué hiciste entonces? preguntó Fernando con cariñosa solicitud.

—Viéndome sola y desamparada volví los ojos al camino por donde acababas de pasar tú; pero ya no te se veía en todo lo largo de la llanura, y sin atreverme á correr en busca de mi tia, porque desde la mañana no podia tenerme sobre los pies, me eché llorando en la cama. Allí me pasaron las horas yo no sé como; allí me halló Roque el mozo de mulas que á la noche vino de arar.

Y la pobre chica al concluir su penosa relacion se deshacia en lágrimas silenciosas que recogía sobre los párpados de sus rasgados ojos con un pañuelo de seda, aumentándose así el color producido por la fiebre en aquel rostro delicado blanquísimo de ordinario.

—No digas mas, Luisa, que fácilmente imagino lo que te falta, añadió á la sazón el cabo de guardias con el acento de gravedad y con el austero semblante que en hombres de su clase suele anunciar la conmoción profunda; Roque fué seguramente á buscar á tu tia, y hoy en la cama, vencida por la fuerza de la calentura y mas apurada por tu familia, habrás ofrecido lo que no prometiste ayer.

—Así es la verdad, Fernando, respondió Luisa sin cesar en su copioso llanto; pero he venido á verte enferma como estoy y sin que nadie sospechase que me movia de la cama, para pedirte como te pido con lágrimas en los ojos que no me tengas por culpable ni por ingrata. No podré esperarte desde hoy en la puerta chica, ni andar contigo delante de todos, que si mi tia me desampara niña como soy y sin experiencia de mundo, acabaré en la miseria ó en donde quiera el Señor; mas si tú lo desas lo mismo que yo, desde ahora declaro que engañaré á todos, y sin que lo sepa mi tia he de hablar contigo todas las noches, que si mucho empeño pone ella en estorbármelo, mas aun tengo de poner yo en lograrlo.

—Eso, Luisa, no puede ser; el que tiene por oficio perseguir á malhechores no ha de entrar en tu casa como un ladrón, á mas de que no habia yo de consentir que perdieses por nuestros amores el concepto que todos hacen de tí. Yo no acierto á decírtelo que agradezco esos pesares que tomas por mí; andando el tiempo has de conocerlo tú misma mejor que lo conozco yo; ni tengo para que decir tampoco que si no te quisiera tan de veras como te quiero habia de amarte desde ahora mas de lo que puede un corazón de hombre, que aunque tú no hubieses bajado á verme y yo me hubiese resuelto á no pensar en tí habia de seguir queriéndote con el alma, así como los rios siguen su curso natural por muchas presas y por muchos muros que pongan en sus corrientes. Pésame, si, y te lo juro por mi nombre, no poderme casar contigo mañana mismo; mas sobre no hallarme en caso de ofrecerte tanto desahogo como hasta hoy has tenido, me faltan los medios mas precisos para llevar á cabo nuestra boda y aunque

me pese mas que mi muerte, y aunque me vaya en ello el solo consuelo que disfrutaba, forzoso encuentro que por ahora nos hayamos de separar. Yo, Luisa, soy hombre y militar; la pena con que esta separación ha de caer en mi pecho me dolerá mas y mas cada día, pero no acabará con mi resistencia; mientras que la que á tí te queda, sabiendo como sabes el cariño que te tengo, podrá con el frío de esta tarde ahondar ese mal que en la cara te se conoce. Eso es lo que mas temo y lo que me obliga á marchar mas pronto. Yo tendré ánimo y aguardaré; tenlo tú tambien, que no pasará mucho tiempo sin que te escriba para el último trato de nuestro casamiento. Y entretanto... ¿cómo ha de ser! yo venía á buscar en tu compañía consuelos y alivios para mañana, déjote con lágrimas en los ojos y llevo tristeza para muchos días. Pero....

Y al pronunciar esta palabra el animado Fernando, limpió tambien alguna cosa que empañaba su vista.

—Pero... todo se arreglará. Tú confías en mi palabra; yo sé bien quien eres tú... Adios, Luisa, adios. Enjuga esas lágrimas y recógete, que me parte el corazón verte afligida y enferma sin que esté en mis manos el remediarlo. Segura debes estar de que á tí sola he de querer en el mundo... Adios, Luisa, adios.

Calló Fernando al terminar estas frases entrecortadas, y quedó clavado en el sitio que ocupaba, como si no acabara de despedirse, mientras la hija del cirujano recostada en el anchísimo tronco del nogal apretaba el pañuelo, no ya sobre sus párpados; sino sobre todo el rostro ahogando cuanto podía su respiración desigual y penosa.

La luna de diciembre, esa luna de nacer y plata que suple ella sola toda la poesía que falta en las noches de invierno, acababa de rasgar una atmósfera purificada por el helado viento de la tarde, y se reflejaba brillante sobre la escarcha de la huerta dibujando en ella los menores detalles; desde los botones metálicos del cabo que seguía cabizbajo y con los brazos cruzados, hasta la móvil figura de aquella mujer cuyos sofocados sollozos eran el único ruido mezclado á los silbidos del aquilon que se abría paso entre las deshojadas ramas.

Levantó por último Luisa la cabeza y mostrando á su amante dos ojos que los rayos de la luna iluminaron con orgullo, dijo desfallecida:

—¿Hasta cuando, Fernando?

—Hasta que Dios nos ayude, respondió el guardia civil.

—Yo te juro quererte siempre.

—Yo juro morir ó casarme contigo.

Y el cabo de guardias abriendo en un segundo la puerta del cercado, caminó rápidamente hacia su cuartel sin haber tocado siquiera la mano de aquella mujer que cerró como pudo y llegó trabajosamente á su cama.

Y si Pascuala y Francisca hubiesen espiado la vuelta de Fernando, quizás hubieran sorprendido alguna lágrima en su rostro mal embozado en una capota que conservaba todavía los agujeros hechos pocos días antes por el trabuazo de un bandolero.

Pio GULLON.

(Se continuará.)

Suceso histórico. El 1.º de febrero de 1394, el rey de Francia, Carlos VI, estuvo á pique de abrasarse vivo en un baile. Ya desde el año anterior el rey padecía un horrible frenesí, que le hacía perder enteramente el uso de la razón. Esta funesta enfermedad comenzaba á desvanecerse, y los accesos de furor ya no eran tan frecuentes cuando un nuevo incidente hizo volver al rey á sus anteriores recaídas. Los médicos habían recomendado que se le procurasen todas las diversiones capaces de distraer su imaginación. Entonces se estaba en medio del Carnaval, y mediando la circunstancia del casamiento de una de las damas de la reina, el día de las bodas hubo un festín espléndido, terminado por un baile de corte. Con esta ocasión se le ocurrió al rey ejecutar uno de aquellos disfraces caprichosos, que solo se pueden atribuir á la grosería de aquel siglo, y entró en la sala de baile vestido de salvaje y conduciendo cinco señores disfrazados del mismo modo y encadenados unos con otros.

Antes que se presentase esta mascarada, habían tenido cuidado de separar las luces, pero el duque de Orleans, que ignoraba esta orden, deseoso de examinar de cerca la construcción de los trages, acercó una luz á uno de los salvajes. En el momento prendió la llama en los vestidos hechos de lienzo y bañados de pez, sobre la que se habían aplicado estopas; el fuego se comunicó rápidamente y la sala resonaba con los gritos de los enmascarados. Felizmente el rey se había retirado del baile y estaba hablando con la duquesa de Berri, y se disponía á volver con su comparsa, cuando la duquesa, deteniéndole, le dijo:

—¿A dónde queréis ir? mirad que vuestros compa-

ñeros se queman; y con notable serenidad le ocultó con su capa.

Entretanto los cinco salvajes se quemaban vivos con sus vestidos pegados al cuerpo; los cuatro primeros, Hugo de Guissai, el conde de Joigny, Aymard de Poitiers y el bastardo de Foix murieron; Juan de Nantouillet, quinto, mas feliz que los otros, corrió á precipitarse en un tonel lleno de agua.

El duque de Orleans, en espiciación de su imprudencia, fundó una capilla en los Celestinos, para que se ofreciese diariamente el Santo Sacrificio por los infelices quemados, y esta fundación ha subsistido hasta nuestros días.

Poligamia mormónica. Un misionero mormon en los Estados Unidos del Norte de América, consigna en una memoria los siguientes datos estadísticos: A fines de 1858, el número de hombres afiliados al mormonismo que tenían á la vez varias mujeres, había ascendido á 3,617, entre los cuales hubo 387 con 7 y mas mujeres; 730 con 5; 1,100 con 4; 140 con mas que una y menos que 4.

Un palacio de Rothschild. El palacio ó quinta de Terrieres, perteneciente á Rothschild, y que fué visitada por el emperador Luis Napoleon poco ha, se halla á ocho leguas de París á orillas del Brie. Asegúrase que el opulento banquero ha empleado en esta posesión ya próximamente 30,000,000. Lo cierto es, que en este suntuoso edificio con sus columnatas, semejantes á aquellas del Louvre, se trabaja hace ya diez años. Los primitivos planos son obra del Sr. Baxton, el constructor del palacio de Cristal de Londres, habiendo sido llevadas á cabo progresivamente las obras por diferentes arquitectos de París. No hay estatua alguna en los jardines y en el palacio, cuyo precio baje de los 20,000 francos, sea á consecuencia del mérito artístico, ó por el precio del material respectivo. Las estufas ó invernáculos contienen á millones plantas exóticas de las cuales muchas costaron de 500 á 1,000 francos cada una. La caza menor y mayor del parque es tan numerosa como en los bosques de Saint Germain y Compiegne.

Paralización de la industria algodonera. Para formar una idea de la paralización que en Inglaterra experimenta la industria algodonera, presentaremos una enumeración de las fabricas que han sido cerradas en Lancashire:

Distrito de Aston y Stalybridge	82 fabricas
» Bolton	18 »
» Blackburn	68 »
» Bury	61 »
» Barnsley	45 »
» Haslingden	40 »
Ciudad de Manchester	28 »
Distrito de Oldham	65 »
» Preston	38 »
» Rochdale	114 »
» Salford	10 »
» Stockport	30 »
» Wigan	28 »

Total. . . . 627 fabricas cerradas

En Lancashire y Cheshire hay hace ya meses que se hallan sin trabajo algunas 180,000 personas, 134,000 son ocupadas solo algunas horas al día y únicamente 40,000 ganan el jornal por completo.

Por otra parte, es asombroso el ver como la caridad inglesa acude al socorro de las familias necesitadas á consecuencia de la falta de trabajo.

Nuevas Amazonas. Citase como poderoso impulso para despertar el entusiasmo guerrero en los estados separatistas de los Estados Unidos, el ardor bélico que se advierte en el bello sexo, tanto que en las filas del ejército de los estados del Sur, militan muchas jóvenes, que trocando la crinolina y el velo con el pantalón de soldado, se ciñen la espada y se arman de fusil para ingresar en los diferentes cuerpos. De que bajo tales circunstancias, la deserción no cunde tanto entre las tropas del Sur, como respecto á los reclutas del ejército federal, es fácil de concebir.

Un crimen por caridad. Se atribuye el siguiente hecho á una princesa de Muhaut, condesa de Artois y de Borgoña, que murió hacia 1330, y que se ocupó constantemente de los pobres y mendigos con activa solicitud. Dotada de una sensibilidad estremada, no podía ver sufrir á un desgraciado sin tratar de socorrerlo. Mas de una vez comprometió su fortuna y se empeñó por distribuir limosna á los pobres que de todas las poblaciones de Francia llegaban para tomar parte en sus liberalidades, y á ejemplo del buen rey Roberto, constantemente la seguían seiscientos ó setecientos mendigos que ella alimentaba y vestía, y que le servían de escolta en todos sus viajes. Sucedió, pues, según el historiador Gullut, á quien tomamos estos pormenores, «que Dios se sirvió enviar una grande escasez en Borgoña, de tal manera, que no se oían por las calles mas que quejas y lamentaciones,

y á los niños gritar *yo me muero de hambre.*» El invierno era además en extremo riguroso, y sucumbían al frío casi tantas victimas como á la falta de alimento. Fácilmente se comprenderá cuanto aumentaría el acompañamiento de la princesa Muhaut con estas circunstancias. Mas de mil mendigos la habían seguido á la villa de Chatellenut, donde voluntariamente residía, y allí como en todas partes, la princesa hacia frente á sus necesidades. Pero cuando todos sus recursos se agotaron, cuando ella misma se vió falta de pan, cuando no le quedaba ni una moneda en sus cofres, ni una joya en su tocador, despues de verter abundantes lágrimas, he aquí el medio que imaginó para no abandonar tanto desgraciado á su triste suerte.

Una noche los hizo encerrar en una de sus granjas, mandando que cerrasen las puertas con cuidado, y cuando calculó que todos dormirían, mandó pegar fuego á la granja, lo cual se ejecutó tan puntualmente que no escapó con vida ni uno solo. El historiador, despues de referir este suceso con la mayor frescura del mundo, y sin manifestarse siquiera sorprendido, se limita á decir: «¡Oh singular piedad y amarga dulzura que lleva en sí la mas bárbara de las crueldades!» ¡Oh misericordia inmisericordiosa! Solamente se echa de menos que no dice nada de si la princesa de Muhaut llevó en su seguimiento despues de esta hazaña tan numerosa clientela.

—Acaba de crearse en Madrid una sociedad denominada *Foto-lito-cincográfica-española*, que está llamada á prestar inmensos servicios á las ciencias, artes, literatura, obras públicas, y con especialidad á todos los ramos de la enseñanza. La economía de tiempo y dinero, la baratura que podrán tener en adelante las publicaciones ilustradas que hasta el día se han considerado como de lujo, es incalculable. La foto-litografía se encarga hoy de obtener innumerables copias en todas escalas, de cualquiera plano, mapa, grabado, música, manuscrito, en una palabra, de todo lo que se haya trazado con líneas en el papel que se presenta ante el lente de la cámara fotográfica. Queda á voluntad el aumentar el tamaño de las copias hasta una dimension colosal, ó descender á una reducción microscópica, y un par de horas bastan para obtener millares de reproducciones de una exactitud geométrica perfecta. Para nada es necesaria la habilidad del delineante ni la del grabador; el pantógrafo y el buril necesitaría acaso muchos años para lo que el feliz enlace de la fotografía y la litografía, es decir, la óptica y la química, realiza en pocos momentos. Las dificultades que tienen que vencerse, sin embargo, son muy considerables, y de poco sirve la teoría escrita si falta un gran conocimiento en ambas artes, unida á una perseverancia sin límites en los ensayos. En España nada se había producido aun para el público, hasta que los señores don Antonio Lella y don Agustín Zaragozano, fotógrafo el primero y litógrafo el segundo, ambos muy conocidos por sus excelentes trabajos en esta corte, han vencido, cada uno en su ramo, los escollos considerables de esa que puede llamarse *difícil facilidad*, y si no les cabe la gloria de la primitiva invención, puede decirse que han adivinado los procedimientos con sus ensayos, altamente laudables, y que esta sociedad, dirigida por una persona ilustrada y competente que importó hace dos años en España las primitivas reproducciones foto-litográficas extranjeras, tiene la satisfacción de ser la primera que los pone en práctica para el público y el comercio.

Hemos visto diferentes reproducciones de dichos señores Lella y Zaragozano, y nada dejan que desear. Entre otras hay una *Santa Faz*, formada con una sola línea en espiral, que empieza en la nariz y que por solo el engruesamiento de la línea representa, como en relieve, la sagrada imagen: esta obra, que dió tanto nombre hace doscientos catorce años á su autor el célebre grabador Mellan, ha sido copiada á la mitad de una manera admirable; de este modo un grabado antiguo, de mérito y del que quedan raros ejemplares, podrá adquirirse por insignificante precio.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 14 de abril.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 52-35.
Idem diferido, 47-85.
Deuda amortizable de primera clase, 00-00.
Idem de segunda, id, 22-15.
Idem del personal, 23-75.

CAMBIOS.

Londres á noventa días fecha, 50-15 p.
Paris á ocho días vista, 5-22 p.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

AYER, HOY Y MAÑANA.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

POR

DON ANTONIO FLORES.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz, corregida y considerablemente aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS 1.º Y 2.º QUE COMPRENDEN LOS CUADROS SIGUIENTES:

TOMO PRIMERO. Dos palabras de buena crianza, ó nadie pase sin permiso del portero.—La gacetilla de la capital en 1800.—Las gradas de San Felipe el Real.—A pares como los frailes.—Una madrugada en 1800.—El corral de las comedias.—La botillería de Canosa.—Una visita, un visitero y un visiton.—Un visiton.—Pasatiempos honestos.—Juegos de prendas.—Las prendas del juego.—El duelo se despide en la casa mortuoria.—El siglo de los faroles.—La ronda de pan y huevo.—Un convento de frailes.—La sopa boba.—El derecho electoral en 1800.—A capítulo van los frailes.—Un capítulo general.—El pecado mortal.—Un viaje en 1800.—Las vísperas de un viaje.—La primera jornada.—La ciencia de la aldea.—La fiesta del santo.

TOMO SEGUNDO. Las carreras en 1800.—La letra con sangre entra.—La carrera de mayorazgo.—Los pollos de 1800.—La milicia de Dios, la milicia del Rey y la milicia del Diablo.—Un dómene de ayer.—Lógicos, metafísicos, y físicos éticos, ó los filósofos de 1800.—El estudiante de Alcalá.—Un misacanto.—Un monjío.—Una bandolera.—La privanza en 1800.—Un hombre de estado en bruto.—Las covachuelas reales.—El casero de antaño.—La beata Clara.—Casa, agua, leña, médico, cirujano, botica y guantes.—El calendario de los reposteros ó las festividades de los platos de leche.—El Santo Oficio no es oficio santo.—Los trapitos de cristianar.—Los cuarteles de la sangre azul, ó la España en cuarterones.—La oratoria del pulmon, ó el pulpito en 1800.—El erudito, el literato y la marisabidilla.—Bandera española.—Pan y toros.—Fandango y broma y arda la casa toda.—Al amor de la lumbre.—Manolos y chisperos, ó el Lavapies y el Barquillo.—Los gritos de Madrid.—El testamento de AYER.—El codicilo.

Toda la obra constará de seis tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno. Precio 10 reales tomo en Madrid y 12 en provincia.

ESTA EN PRENSA EL TOMO TERCERO.

MANUAL DE CAMBIOS,

IMPOSICIONES, ANUALIDADES, INTERESES Y DESCUENTOS.

GUIA DEL COMERCIO

Y DE LOS IMPONENTES EN LAS CAJAS DE AHORROS

Y SOCIEDADES DE SEGUROS.

Contiene mas de trescientas tablas señalando los cambios de *reales á francos*, desde un real hasta 20 millones, al precio de 5,01 á 5,56; los cambios de *francos á reales*, por igual cantidad y precio; los cambios de *reales á libras esterlinas*, desde un real á 20 millones, al precio de 48,00 á 53,25; los cambios de *libras esterlinas á reales*, por igual cantidad y precio; tablas para hallar el tanto por 100 de cualquiera suma desde 1 á 90; tablas del interés compuesto de todas las cantidades á 1/2, 3/4 y 1 por 100 al mes, capitalizado por meses, por trimestres, por semestres y por años; tablas para sacar el interés de una cantidad cualquiera dentro de una fecha determinada; tabla para hallar los días comprendidos entre dos fechas.—Valor de las monedas de España y de todos los países del globo.—Tablas para saber la cantidad que debe imponerse con objeto de formar un capital determinado, segun el plazo y el interés que se abona.—Calendario civil y religioso hasta el año 1900, con otras muchas noticias y métodos encaminados á facilitar las operaciones de comercio, economizando el tiempo tan precioso para los comerciantes, y á servir de guía á los imponentes en las cajas de ahorros y sociedades de seguros que tan prodigioso desarrollo van teniendo en nuestro país. Un tomo en 4.º, edición esmerada y correcta, en buen papel.

Precio 20 rs. en Madrid encartonado á la inglesa y 24 en provincia.

LA BIBLIA DE LOS NIÑOS,

CUADROS DE HISTORIAS MORALES Y RELIGIOSAS,

SACADOS DE LA SANTA ESCRITURA.

Por el Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.—Índice de los cuadros contenidos en esta obra.—TOMO PRIMERO.—DEDICATORIA.—PROLOGO.—Cuadro primero: Adán y Eva ó la desobediencia castigada.—Cuadro segundo: La muerte de Abel ó la envidia.—Cuadro tercero: El Diluvio.—Ingatitud de los hombres y justicia de Dios.—Cuadro cuarto: Abraham, ó la perfeccion de la obediencia.—Cuadro quinto: Isaac ó el hijo respetuoso y sumiso.—Cuadro sexto: Jacob.—Trabajo y perseverancia.—Cuadro séptimo: José ó el triunfo de la inocencia.—Cuadro octavo: Moisés.—Historia del pueblo de Dios.—Cuadro noveno: Las diez plagas de Egipto ó la mala fé de Faraon.—Cuadro décimo: Los israelitas en el desierto.—Cuadro

undécimo: Josué.—Historia del pueblo de Dios.—Cuadro duodécimo: Los jueces.—Ingatitud del pueblo de Israel.—Cuadro décimo tercero: Historia de Sanson.—Cuadro décimo cuarto: Ruth y Noemi.—Piedad filial y caridad.—Cuadro décimo quinto: Los reyes.—Vida de Samuel.—Cuadro décimo sexto: Los reyes.—Saul.—David.—Cuadro décimo séptimo: Los reyes.—David.—TOMO SEGUNDO.—Cuadro primero: Los reyes.—Salomon.—Cuadro segundo: Los reyes.—Reino de Judá.—Reino de Israel.—Cuadro tercero: Reino de Israel.—Reino de Judá.—Cuadro cuarto: Reino de Israel.—Reino de Judá.—Cuadro quinto: Reino de Israel y de Judá.—Jehú.—Joram y Ochosías.—Cuadro sexto: Athalia.—Cuadro séptimo: Elías.—Eliseo.—Cuadro octavo: Reino de Israel.—Cuadro noveno: Reino de Judá.—Cuadro décimo: Reino de Israel.—Cuadro undécimo: Reino de Judá.—Reinado de Ezequías.—Cuadro duodécimo: Reino de Judá.—Cuadro décimo tercero: Reino de Judá.—Destruccion de Jerusalem.—Cuadro décimo cuarto: Cautividad del pueblo de Dios.—Cuadro décimo quinto: Daniel.—Cuadro décimo sexto: Vuelta del pueblo de Dios á la Tierra Santa.—Cuadro décimo séptimo: Los Macabeos.

Dos tomos en 8.º de mas de 200 páginas cada uno, edición esmerada y correcta, con láminas tiradas aparte y grabados intercalados en el texto. Precio de toda la obra, 16 rs. en Madrid y 20 en provincia.

COMPRA

DE TODA CLASE DE PAPEL NEGOCIABLE.

Se compran suscripciones en las compañías de seguros sobre la vida, y con prima, comanditas de la casa de banca de los señores Uhagones y compañía, cupones de la Tutelar, y á los mas altos precios papel del Estado. Dirigirse á don A. Franco Pardo, calle de Esparteros, núm. 1, en Madrid.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO FRANCES.

por Mr. A. Thiers.

Esta obra es continuación de la HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, del mismo autor.—Comprende hasta la conclusion del famoso periodo conocido con el nombre de LOS CIEEN DIAS.

Consta de veinte tomos en 8.º de mas de 600 páginas.—Precio 14 rs. cada uno en Madrid y 16 en provincia.

Se ha repartido el tomo diez y nueve. Se halla en prensa el veinte y último, que se repartirá á la mayor brevedad.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8; y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Principe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Poncejos; en la Americana, calle del Principe; en la de Guijarro, calle de de Preciados; en la Publicidad, Pasage de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.